

Begonya Saez Tajafuerce

Universitat Autònoma de Barcelona  
begonya.saez@uab.cat

# Verdad y saber en Zambrano. Hacia una onto-ético-epistemología

## Truth and knowledge in Zambrano. Towards an onto-ethic-epistemology

### Resumen

En lo que sigue voy a tratar de ir tras la huella de la pregunta por la verdad y por el saber que le corresponde, huella que atraviesa la obra de María Zambrano y que constituye, a mi entender, el nervio de su pensamiento, mediante una lectura atenta de lo que en *Persona y democracia. La historia sacrificial* llama «conocimiento histórico», con el fin de sentar las bases de lo que podría conducir a una onto-ético-epistemología.

### Palabras clave

Zambrano, verdad, saber, onto-ético-epistemología, *pathos*, Kierkegaard.

### Abstract

In what follows, I will try to develop the question concerning truth and the knowledge of truth, which runs through the entirety of María Zambrano's work and which, to my understanding, constitutes the core of her thinking by means of a close reading of what in *Persona y democracia. La historia sacrificial* she calls "historical knowledge", in order to establish the grounds for what could lead to an onto-ethic-epistemology.

### Keywords

Zambrano, truth, knowledge, onto-ethic-epistemology, *pathos*, Kierkegaard.

Recepción: 27 de octubre de 2018  
Aceptación: 20 de noviembre de 2018

*Aurora* n.º 20, 2019, págs. 100-108

1. Zambrano, M., *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza, 1987 [1934], pág. 26.

2. Cf. *Ibidem*, pág. 26.

3. *Ibidem*, p. 28.

Al inicio del texto «Hacia un saber sobre el alma», incluido en su libro homónimo, Zambrano afirma que «cada época se justifica ante la historia por el encuentro de una verdad que alcanza claridad en ella». Y, acto seguido, se pregunta: «¿Cuál será nuestra verdad?».<sup>1</sup> Descubrir esa verdad comporta, según Zambrano citando a Max Scheler, un saber que atiende a una lógica propia que resulta ajena a la razón. Se trata de lo que ella, con Scheler, llama un saber del corazón:<sup>2</sup> «Hay, sí, razones del corazón. Hay un orden del corazón que la razón no conoce todavía».<sup>3</sup>

En lo que sigue, sin perder de vista esas citas, voy a tratar de ir tras la huella de la pregunta por la verdad y por el saber que le corresponde, huella que atraviesa la obra de María Zambrano y que constituye, a mi entender, el nervio de su pensamiento, mediante una lectura

atenta de lo que en *Persona y democracia. La historia sacrificial* denominará «conocimiento histórico», con el fin de sentar las bases de lo que podría conducir a una onto-ético-epistemología.

## I

La primera cuestión que merece consideración en este sentido y que se hace valer en «Hacia un saber sobre el alma» y también, en mi opinión, en *Persona y democracia* remite a una concepción de la verdad cuyo devenir —porque la verdad, entiendo, deviene— Zambrano sitúa en un encuentro. La verdad sale al encuentro del individuo en la realidad y, en particular, «en la realidad que es la historia». <sup>4</sup> La verdad, entonces, no es algo con lo que el individuo se topa, en el planteamiento de Zambrano, a la manera de un objeto, pues no se trata de una verdad proposicional ni de una verdad comprometida con la representación. En cambio, la verdad procura un encuentro con el individuo así como también con la época. Procura un encuentro, por tanto, con un individuo de la historia para quien, por otra parte, Zambrano reclama el estatuto de «persona». Precisamente a este respecto, escribe Zambrano: «La persona es algo más que el individuo; es el individuo dotado de conciencia, que se sabe a sí mismo». <sup>5</sup>

De ese modo, la verdad dispone al individuo a la misma pregunta a la que, según Zambrano en clara remisión a Heidegger, le dispone el ser. La pregunta reza: «¿Y qué hacer con mi propio ser, cuando me sale al encuentro? Por el solo hecho de que me salga al encuentro me reclama como un mendigo, como un condenado, al menos como un olvidado. Y también *como un desconocido* [la cursiva es mía]». <sup>6</sup> La verdad interpela al individuo como lo interpela el ser y, en la interpelación, lo encuentra ahí donde lo encuentra el ser: en el desconocimiento.

De ahí que atender al reclamo de la verdad, responder —en el sentido heideggeriano del término—, instituye no solo a la verdad —que solo entonces deviene—, sino también al individuo en la medida en que responder al reclamo de la verdad conduce no solo a un conocimiento de ella, sino al conocimiento de sí. Responder a la verdad inviste al individuo de un saber que tiene consecuencias no solo epistemológicas, sino también ontológicas y ético-políticas, pues Zambrano sitúa al individuo que atiende al reclamo de la verdad «en la realidad que es la historia» y lo concibe bajo la forma de sujeto político cuando la historia ya no es sacrificial, sino abierta a la relación que ella llama «democracia».

La verdad dispone al individuo no solo a ella, sino de igual modo a sí mismo, por tanto. Y eso significa que lo dispone a la transformación de su estatuto, que, en palabras de Zambrano, es el de un «mendigo», el de un «condenado», el de un «olvidado» y el de un «desconocido». Responder a la verdad es, entonces, condición de posibilidad onto-ético-epistemológica para el sujeto moderno. Es preciso hacerse cargo

4. *Idem, Persona y democracia. La historia sacrificial*, Barcelona, Anthropos, 1988 [1954], pág. 12.

5. *Ibidem*, pág. 103.

6. *Ibidem*, pág. 13.

7. *Ibidem*, pág. 100.
8. *Ibidem*, pág. 14.
9. *Ibidem*, pág. 9.
10. *Ibidem*, pág. 14.

de la propia verdad, que lo es siempre de la propia historia y, por ende, del propio ser. Y es importante no perder de vista que esa verdad, esa historia y ese ser se conjugan para el individuo a la par en singular y en plural en el planteamiento de Zambrano.

Esta conjugación singular-plural de la verdad, de la historia y del ser viene literalmente a ser un reclamo en la medida en que convoca al individuo moderno a una tarea que le concierne, pues, como ella mantiene: «Que la sociedad está compuesta de individuos, parece verdad evidente. Mas esta verdad evidente se encuentra en situación sumamente ambigua, porque es la verdad que llegará a ser. Y el afirmarla, como si siempre hubiera sido, es un error quizá inevitable; un venturoso error que hoy comenzamos a poder deshacer». <sup>7</sup> La verdad, de acuerdo a lo que plantea Zambrano, «es la verdad que llegará a ser».

Y por eso la verdad sale al encuentro, porque se juega en ello su devenir. Incluso se juega en ello su porvenir. En ese sentido, declara Zambrano: «El desconocido es el que clama por ser; el porvenir». Y es preciso procurar que «sea de verdad porvenir», que dé lugar a la «historia verdadera». <sup>8</sup>

Equiparar la interpelación del ser a la interpelación de la verdad, como acabo de sugerir, permite la consideración de la verdad como existencial. Y eso porque el ser no es concebido por Zambrano en clave esencialista, sino como devenir. El ser es para Zambrano el ser de la historia, el ser encarnado, el ser necesitado y dispuesto a la pregunta de la verdad, porque «nada de lo que es —tomada la palabra “ser” en sentido provisorio— se basta a sí mismo». <sup>9</sup> El individuo hace ahora experiencia de ese ser. ¿A qué remite ese «ahora»? No remite a un hecho o a un conjunto de hechos sin más, a una determinación histórica sin más, a una «época», sino a una experiencia de esa realidad que es la historia y que dice la verdad que le sale ahí al encuentro; a una experiencia de la realidad que es la historia como interpelación. En ese sentido, escribe Zambrano:

Con todos los descubrimientos extraordinarios de la física y de las ciencias todas, con los prodigiosos adelantos de la técnica, lo decisivo de nuestra época es sin duda la conciencia histórica, desde la cual el hombre asiste a esa dimensión irremediable de su «ser» que es la historia. <sup>10</sup>

¿A qué remite la conciencia histórica? No voy a desarrollar un análisis genealógico de la propuesta de Zambrano, que permitiría su filiación en el seno de la historia de la filosofía occidental. Me interesa, en cambio, procurar una observación estructural de la conciencia histórica en dicha propuesta, que haga posible su comprensión en cuanto que operación onto-ético-epistemológica.

En ese sentido, la conciencia histórica dice de la relación constitutiva que el individuo establece con la verdad y con el ser que lo interpelan

desde la historia, y dice de esa relación constitutiva en sentido estricto, pues la conciencia histórica viene determinada como relación y, por tanto, no es ni anterior ni exterior a ella. La conciencia histórica deviene en sentido estricto en la relación a la que el individuo asiente cuando acude al encuentro a que en la historia lo emplazan la verdad y el ser, y en esa relación deviene persona. El individuo se da la conciencia histórica cuando acude al encuentro con la verdad y con el ser en la historia; y en virtud de la conciencia histórica, es decir, de la relación, el individuo deja de ser simplemente un ser en la historia para pasar a ser un ser de la historia. Eso es precisamente lo que significa que la relación lo concierne en términos onto-ético-epistemológicos. Esas tres dimensiones se hacen valer en el reclamo de la verdad y del ser. Zambrano describe este complejo giro que funda no solo una nueva historia —una «Historia verdadera»—, sino también una nueva verdad y un nuevo ser —la «persona», que atiende a un reparto singular y plural, según hemos visto—, como sigue:

Hasta ahora, la historia la hacían solamente unos cuantos, y los demás sólo la padecían. Ahora, por diversas causas, la historia la hacemos entre todos; la sufrimos todos también y todos hemos venido a ser sus protagonistas.<sup>11</sup>

Me parece de gran relevancia la cuestión del sufrimiento de la historia en cuanto que padecimiento de esta, pues entiendo que ahí reside la clave para abarcar esa nueva verdad a la que acabo de referirme. Entiendo que hacer y sufrir la historia no se comprenden aquí en clave dicotómica, pues aceptar la responsabilidad que la conciencia histórica conlleva, en el planteamiento de Zambrano, es sufrirla. Por tanto, no hay otro modo de hacer la historia que sufriendola y en ello reside la nueva verdad tanto como el nuevo saber que a esta le corresponde.

Ya es cifra de dicho sufrimiento que cuando el individuo acude en la historia al encuentro con la verdad y se juega ahí su ser, que es su devenir y el de la conciencia histórica, despierta y «en ese instante, el primero del despertar» se aboca, tomado por la «perplejidad y la confusión», al «vacío».<sup>12</sup> La conciencia histórica, por tanto, esa que deviene con la Historia verdadera y con la persona, no dice de una verdad como certeza ni de un saber objetivo, sino, por el contrario, de una incertidumbre fundante. En el «vacío» que dice la relación en cuanto que operación onto-ético-epistemológica que es la conciencia histórica, se hace manifiesto «lo que está al llegar» o, dicho de otro modo, la «presión del futuro que viene a nuestro encuentro».<sup>13</sup>

## II

La conciencia histórica se procura en ese «vacío» que da lugar a ese «despertar», es decir, en esa apertura radical donde se hace manifiesta, además, la lógica de la historia como lógica propia. A tenor de Zambrano, esa lógica propia de la historia, por ser de otro orden que

11. *Ibidem*, pág. 11.

12. *Cf. Ibidem*, págs. 13-14.

13. *Ibidem*, pág. 18.

14. *Ibidem*, pág. 102.

15. La remisión genealógica apunta aquí a la noción de verdad subjetiva que elabora Johannes Climacus, pseudónimo de Søren Kierkegaard, en la *Apostilla conclusiva no científica* (1846) a sus *Migajas filosóficas* (1844), noción que permite lo que podemos observar como recalificación ética del saber. Ante la verdad paradójica con que el cristianismo confronta la verdad científica, que incluye la verdad histórica en la reflexión crítica de Climacus, y con cualquier verdad comprometida con aquella, como la de la filosofía especulativa, se abren dos vías de reconsideración del estatuto de la verdad en cuanto que verdad «ética» o existencial. Climacus lo expresa como sigue:

Alejándose del sujeto se encamina la verdad objetiva, y, a la vez que el sujeto y la subjetividad devienen indiferentes, lo deviene también la verdad, y justamente ahí reside la validez objetiva de esta. [...] El camino de la reflexión objetiva conduce al pensamiento abstracto, a la matemática, al saber histórico de varios tipos, alejándose sin cesar del sujeto, cuya existencia o no-existencia deviene, sin duda objetivamente, infinitamente indiferente, sin duda, pues la existencia o no-existencia tiene, como Hamlet dice, solo significado subjetivo.

El camino objetivo significa, en cambio, contar con una seguridad con la que no cuenta el camino subjetivo (se entiende que la existencia, existir y la seguridad objetiva no se pueden pensar juntos), significa evitar un peligro que acecha el camino subjetivo y este peligro es su insensatez máxima. Simplemente con la determinación subjetiva de la verdad, la locura y la verdad resultan al final indiscernibles, porque ambas podrían poseer la interioridad (Kierkegaard, S., *Afluttende uvidenskabelige Efterskrift*, edición de S. Kierkegaards Skrifter, Copenhague, Gyldendal, vol. 7, pág. 204). (La traducción es mía).

16. Las razones del corazón sostienen la relación en y con la historia, en la que esta se constituye como Historia verdadera y el individuo en persona y que, además, da lugar a una verdad y a un saber que, como la lógica, son también propios. Eso es lo que Zambrano explicita en lo que sigue: «La historia es ella misma un sistema. [...] Mas este sistema no construye al modo de premisas y consecuencias [como es el caso con la razón, que opera al servicio del pensamiento racionalista], sino en la forma de una razón narrativa, donde no hay construcción, sino visión, descubrimiento» (Zambrano, M., *Persona y democracia. La historia sacrificial*, op. cit., págs. 102-103).

el de la lógica de la razón, tal como sucede con la verdad, interpela por ser propia, de un orden otro, al individuo. A este respecto, escribe: «... la historia no es asunto lógico, simplemente porque tiene su lógica propia, su orden que no se puede reducir al orden construido por el pensamiento racionalista. Un orden que es necesario descubrir». <sup>14</sup> He ahí de nuevo el reclamo. Es necesario descubrir ese orden, reivindica Zambrano en *Persona y democracia*, en consonancia con la necesidad de descubrir la verdad que, como hemos visto, explicita en «Hacia un saber sobre el alma». Zambrano califica ahí esa verdad, ese saber y esa lógica como verdad, saber y lógica «del corazón».

Otro modo de dar consistencia a la reivindicación de Zambrano con el fin de inscribirla en una genealogía para la que ella misma se atribuye de modo indirecto filiación, aun a sabiendas de que ello implica el riesgo de desapropiarla, es decir, de restarle el carácter propio en sentido estricto que esa reivindicación tiene, es afirmar el deseo de una verdad existencial a la que le corresponde un saber existencial que atiende a una lógica existencial. <sup>15</sup> Y para no dejar de hacer justicia al carácter propio de dicha reivindicación, es preciso hacer hincapié en «el corazón». Zambrano reivindica que verdad, saber y lógica derivan del corazón, que tienen en el corazón su origen —en cuanto que origen otro— y que, como hemos visto, se articulan según lo que ella llama «razones del corazón» en «Hacia un saber sobre el alma». <sup>16</sup>

La pregunta que se hace valer aquí es cómo tomar esas razones del corazón en consideración, de modo que sea posible apreciar su relevancia onto-ético-epistemológica en el empeño por descubrir en su propiedad la lógica existencial, ese orden del corazón que la razón desconoce. Dicho de otro modo: ¿Qué suerte de origen onto-ético-epistemológico puede constituir el corazón? ¿Se trata aquí de un giro existencial en el sentido de afectivo, de modo que sea posible filiar la reflexión de Zambrano a un pensamiento de corte spinozista y, por tanto, *grosso modo* vitalista, más que o a la par que existencialista?

Para seguir prosperando con Zambrano en este giro existencial —y, en cierto sentido, afectivo— de la verdad, del saber y de la lógica, y dar cuenta de su carácter propio en cuanto que cifras de un orden otro del orden de la razón al servicio del «pensamiento racionalista», propongo tantear la noción de *pathos*.

Se trata, en definitiva, de especificar la propiedad de la operación mediante la cual la verdad, el saber y la lógica y, con ellos, el ser, que establece de ese modo su conciencia histórica, padecen una transformación cualitativa en la medida en que, en términos kierkegaardianos, devienen subjetivos. En virtud de dicha transformación, la verdad, el saber y la lógica dicen precisamente de la conciencia histórica, a saber, dicen una relación diferenciada con la historia en lugar de una relación de indiferencia. <sup>17</sup> Y eso significa también que dicen una relación pragmática, de inscripción en la historia, en lugar

de una relación de mera «aproximación» a la historia.<sup>18</sup> Responsable de esa transformación es el individuo, quien es llamado a establecer esa relación no solo con la historia, sino también en la historia. Eso significa que el individuo padece la historia. Y eso es lo que tiene lugar cuando el individuo acude al encuentro de la verdad —y, como hemos visto, pues, del ser, que, entonces, también padece.

En la transformación cualitativa reside la relevancia onto-ético-epistemológica de la verdad. Pero ¿es posible precisar en qué consiste? Según *Persona y democracia. La historia sacrificial*, hemos visto ya que hacerse cargo de la relación con y en la historia comporta padecerla. O, incluso, que padecer la historia es condición de posibilidad de hacerla. Escribe Zambrano al respecto:

El hombre ha sido siempre un ser histórico. Mas hasta ahora, la historia la hacían solamente unos cuantos, y los demás sólo la padecían. Ahora, por diversas causas, la historia la hacemos entre todos; la sufrimos todos también y todos hemos venido a ser sus protagonistas.<sup>19</sup>

Hay, como señala Zambrano, distintos modos de padecer la historia. Unos comportan simplemente soportar la realidad que se vive llegando a ser su objeto o incluso «su juguete». Otros, en cambio, remiten a una experiencia de inhabilitación para establecer cualquier forma de relación con la realidad que no sea dejarse «devorar» por ella. Ambos casos apuntan a una relación con la historia que nada tiene que ver con la relación a la que el individuo es llamado en la historia, de forma que esta «no se comporte como una antigua Deidad que exige inagotable sacrificio».<sup>20</sup>

El corazón constituye, entonces, un origen onto-ético-epistemológico en cuanto que fuerza propia que empuja al encuentro con la verdad, que compele a padecerla, y que, de ese modo, suscita el tránsito de lo que Zambrano llama una «historia trágica» —en que el individuo se ve abocado a seguir un camino que le ha sido trazado, «arrastrado por fuerzas extrañas, a las cuales se ha llamado, a veces, “Destino”, a veces “dioses”»—<sup>21</sup> a una historia de un orden otro, de un orden propio, en efecto, en que el individuo, singular y plural —que en esa transformación deviene persona, pues se trata no solo de una transformación de la historia, sino también de una transformación de sí—, deviene a la vez su propia historia.

Esta transformación de y en la historia consiste, entonces, en un tránsito de una forma trágica a una forma ética<sup>22</sup> en que deviene la Historia verdadera. Eso conlleva a su vez, según Zambrano, su «humanización». Y la democracia, por más que su sentido sea declarado indeterminado ya en el prólogo a la edición de 1987 de *Persona y democracia. La historia sacrificial*, pues no es diáfano ni en su acepción «real» ni en su acepción «efectiva»,<sup>23</sup> da cuenta, en la constelación a la que aquí se dispone, real y efectivamente, no solo de dicha transformación sino también de la lógica que la suscita y

Me interesa destacar aquí la reivindicación de Zambrano de una razón narrativa que puede ajustarse a esa lógica otra derivada del corazón y que es, sin duda, hermana de su razón poética. No hay que olvidar que el papel que Zambrano otorga a la razón poética, en cuanto que razón que atiende a eso que estructuralmente escapa a la razón que opera en la filosofía, dice absolutamente de la relevancia onto-ético-epistemológica del corazón, de sus razones y de su lógica, pues de lo que se trata es de asumir no solo mediante el argumento, sino de igual modo narrativamente, el desafío de dar razón de aquello que hace parte de la realidad y, en concreto, de la experiencia de la realidad, y que la razón filosófica, por mantener el dualismo que la propia Zambrano establece en *Filosofía y poesía* (1939), no puede sino dejar fuera.

17. Al respecto, escribe Climacus: «[El] saber es una relación indiferente con lo que se sabe, de modo que [lo que se sabe] no se modifica al ser sabido, sino que permanece lo mismo» (Kierkegaard, S., *Afsluttende uvidenskabelige Efterskrift*, op. cit., vol. 7, pág. 204). (La traducción es mía).

18. Lo que está en juego aquí, según Climacus, es lo que él llama «pasión subjetiva», mientras que lo que define «todo saber y conocimiento histórico es que, a lo sumo, solo logra alcanzar a ser una aproximación» (Kierkegaard, S., *Afsluttende uvidenskabelige Efterskrift*, op. cit., vol. 7, pág. 523). (La traducción es mía).

19. Zambrano, M., *Persona y democracia. La historia sacrificial*, op. cit., pág. 11.

20. *Ibidem*, pág. 12.

21. *Ibidem*, pág. 12.

22. Cf. *Ibidem*, pág. 61.

23. Cf. *Ibidem*, pág. 7.

24. Cf. *Ibidem*, pág. 133.

25. *Ibidem*, pág. 61.

que es la lógica del corazón, el *pathos*: «La democracia no se hace tanto como, sobre todo, se padece», pues en democracia «no sólo es permitido, sino exigido, el ser persona».<sup>24</sup>

Luego en el conocimiento histórico, que es conocimiento de sí, tomado como conciencia histórica, que es conciencia de sí, lo que se juega es la libertad. Y en ese sentido se hace evidente el alcance onto-ético-epistemológico de la propuesta de Zambrano, es decir, de su análisis existencial —y en cierto modo afectivo—. A ese respecto, afirma sin titubear:

Se trata, pues, de ejercitar el conocimiento histórico para dar lugar al ejercicio de la libertad. Ambos se condicionan, no son posibles el uno sin el otro.<sup>25</sup>

### III

El último indicio por seguir, a modo de hipótesis conclusiva, tras la huella de la pregunta alumbrada por Zambrano acerca de la verdad y del saber que le corresponde, pregunta que, como hemos visto, adquiere un alcance existencial —y afectivo— que excede el reparto epistemológico *tout court* y que se constituye en eje de una onto-ético-epistemología, conduce a la cuestión de cómo notificar ese exceso. Dicho de otro modo: la pregunta por la verdad y por el saber que le corresponde, desarrollada en los términos en que la desgrana Zambrano, comporta una transformación de la epistemología como disciplina que permite hacer evidentes las condiciones de posibilidad y de imposibilidad del conocimiento sin más. Hay una epistemología regida por el pensamiento racionalista que no da cuenta de la Historia verdadera por no atender a las razones del corazón. Y hay una onto-ético-epistemología que, por atender a esas razones, podemos llamar aquí «Epistemología verdadera».

Ahora bien, ¿cuáles son las formas propias de esa Epistemología verdadera? A tenor de la lectura de *Persona y democracia. La historia sacrificial* que he llevado a cabo en lo precedente, me parece que cabe hablar en primer término de una epistemología relacional, situada y material, y, en segundo término, por derivación de lo anterior, de una epistemología afectiva y política.

Zambrano forja la Epistemología verdadera como relacional, como situada y como material en la medida en que esas son justamente las formas del conocimiento al que atiende, que es el conocimiento histórico. El conocimiento deviene posible e imposible en cuanto que «encarnado», y esa es su principal condición, puesto que «encarnado» es también el devenir por serlo siempre con y en la historia.

Ya hemos visto que la conciencia histórica, operación fundamental de la Epistemología verdadera, que comporta el despertar a la verdad, al saber y al ser y a su transformación en cuanto que encuen-

tro al que el individuo es llamado, viene determinada como relación en sentido estricto, pues no es ni anterior ni exterior a dicho despertar. Aquí no se trata de adquirir conocimientos —ni una verdad, ni un saber, ni un ser, por tanto— que preexisten al individuo, pues la relación que tiene lugar aquí no es una relación dada según la lógica dicotómica del par sujeto-objeto.

26. *Ibidem*, págs. 14-15.

La relación dada en esos términos responde al esquema de la lógica que opera en el pensamiento racionalista y que se hace valer por igual en la epistemología que dicho pensamiento sostiene. Dicha relación solo comporta una responsabilidad formal para con una verdad y para con un saber que nada saben del corazón; y, en consecuencia, nada del ser y nada de su transformación ético-política se ve concernido aquí. Sin embargo, la historia misma dice ya de esa transformación a la que es llamado el individuo —singular y plural— y, como señala Zambrano, la Epistemología verdadera lo advierte:

Tenemos mayor y más clara conciencia de los conflictos que así se han convertido en problemas. Hoy los conflictos se presentan como problemas: esa es la gran novedad. [Antes] el hombre no pretendía «dirigir su historia»; no se hacía cuestión de ella sintiendo que en ella se jugaba algo decisivo de su ser.<sup>26</sup>

Ahora, en cambio, la responsabilidad es de orden ético, pues el individuo arriesga la libertad en la relación que establece con y en la historia cuando afronta el encuentro que la verdad le procura. He aquí el carácter afectivo de la Epistemología verdadera.

La libertad halla en el conocimiento histórico su razón de ser cuando este deviene conocimiento de sí. La Epistemología verdadera comporta un ejercicio de la libertad que incide en «la realidad de la historia» y ahí deviene situada y material. Y también política. Pues incidir en «la realidad de la historia» significa, como hemos visto, transformarla.

Si bien es cierto que Zambrano no establece distinciones de género, raza o clase en su consideración del conocimiento histórico en el modo en que lo establecen hoy, por ejemplo, las epistemologías feministas, es innegable que el énfasis histórico del conocimiento y de la conciencia que de él emerge vinculan la verdad y el saber de forma innegociable a la realidad en cuanto que experiencia en que se ve implicado el orden de los sentidos más acá de un mero uso metafórico del lenguaje.

Aun así, el carácter situado y material del análisis de Zambrano y, por tanto, el carácter «encarnado» de su propuesta se ciñe a las coordenadas espaciotemporales del individuo, no de un sujeto ni de un cuerpo. Instalado en un paradigma declaradamente humanista, incluso a finales de los años ochenta, de cuando data el prólogo a la edición aquí citada, *Persona y democracia. La historia sacrificial*

27. *Ibidem*, pág. 17.
28. *Ibidem*, pág. 156.
29. *Ibidem*, pág. 157.
30. *Ibidem*, pág. 158.
31. *Ibidem*, págs. 150-151.
32. *Ibidem*, págs. 15-16.

permanece en general ajeno a las reivindicaciones locales y llegadas allende las fronteras que, tanto en el ámbito académico como desde el activismo, ya articulaban demandas sensibles a cuestiones de género, raza o clase poniendo en evidencia los límites a los que el paradigma humanista se circunscribe.

La reflexión de Zambrano concierne al individuo «que forma parte de un sistema llamado género humano».<sup>27</sup> Sin embargo, sería un error afirmar que concierne al individuo sin más, y que, en consecuencia, el alcance de dicha reflexión se pretende exclusivamente universal, cuando menos a tenor de algunos de los análisis desarrollados en el texto como es el relativo a las consecuencias que los regímenes totalitarios y las correspondientes guerras han tenido no solo para la democracia, sino, sobre todo, para quienes han estado sometidos a ambos.

Ambos, afirma diáfanoamente Zambrano, han agudizado «una situación que sin la guerra ya estaba planteada: la existencia creciente de una masa desarraigada y, como tal, inquieta, viviendo en el espacio vacío de las ciudades industriales, o en “la tierra de nadie” de los sin trabajo»,<sup>28</sup> quienes son deshumanizados en la medida en que «forman parte de una estructura productora dentro de la cual se es tan sólo una estructura de producción, un instrumento».<sup>29</sup> Zambrano parece erigirse, discursivamente siquiera y por un momento, en portavoz del materialismo histórico cuando señala, en ese contexto, que «proletario es aquel que no ha mandado nunca, que nunca ha tenido la hegemonía, la dirección en la vida histórica y social»,<sup>30</sup> y apunta incluso a la interferencia que la ideología supone para la lucha proletaria en el camino de la humanización de la historia, que lo es también y ante todo de la vida.

Hay otros lugares en el texto y, en particular, en el capítulo final, dedicado a un análisis de la democracia que atiende a sus formaciones históricas sin escatimar en aquellas que resultan sin duda controvertidas, los cuales permiten observar en qué medida Zambrano se ocupa de la experiencia, como el apartado en que trata las minorías para discernir en qué sentido son «una clase» o incluso «una clase aparte», pues todo individuo «pertenece a ella [...] por razón de nacimiento».<sup>31</sup>

Esos lugares dan cuenta, a mi entender, de una transformación de la epistemología que deviene «encarnada» en la medida en que plantea la necesidad de un alcance global y a la vez transversal de la conciencia histórica que Zambrano dispone a operar en un tiempo y en un espacio concretos, aunque sin renunciar a comprender «los acontecimientos todos que se registran en cualquier parte del planeta», ya que el individuo debe vivir «la historia universal en sentido horizontal» porque «el planeta entero es nuestra casa».<sup>32</sup> Esa es la responsabilidad para con la verdad y el saber que asume Zambrano y a cuyo encuentro todavía hoy nos invita.